

Dios y á servirle fielmente deben aplicarse al ejercicio de la oración, que es el medio único y eficaz para conseguirlo.

Pero es muy deplorable, continúa, que el mundo no piense más que en las riquezas, en las grandezas temporales, en las dignidades y en todo cuanto puede satisfacer su ambición, y que no se piense en el alma, ni en la muerte, ni en el juicio, ni en los terribles castigos que Dios tiene reservados á los pecadores.

¡ Ay! plugiese á Dios que todo quedase reducido á esto! sería ménos mal, pero se vá más léjos: se añaden el odio, las injurias, la envidia y las calumnias. Los mundanos se olvidan de sí mismos, no ven sus propios defectos, y no miran más que los de los demás: se hallan sumidos en el lodazal inmundo del pecado, y no se fijan en ello; no se preocupan más que de los defectos de otros, y esto no un solo dia, no en alguna ocasión; sino que envejecen en esta indiferencia y en sus malas disposiciones para con el prójimo.

Nos hallamos agoviados bajo el peso de nuestras miserias, y no pensamos más que en las de los demás. No nos avergonzamos de estar bajo los pies de los enemigos de nuestra salvación, y sin embargo, nadie se libra de la malignidad de nuestras sátiras: á nadie respetamos: queríamos, por decirlo así, devorarlos á todos, tanto pequeños como grandes, tanto culpables como inocentes, tanto sabios como ignorantes, sin perdonar ni aún á los sacerdotes y maestros, á los que nos gobiernan y nos colman de bienes. »

¡ Ay! ¡ cuán grande es nuestra obcecación! carecemos de espíritu de penitencia, de temor de Dios y de compunción. Todo nuestro corazón se halla inclinado al mal. No aspiramos más que á los placeres, á los espectáculos, á las conversaciones peligrosas y á las obras del demonio, y lo que es aún más deplorable, descuidamos frecuentemente

los cuidados domésticos y las cosas más necesarias para correr en pòs de placeres frívolos y criminales, en que pasamos dias enteros: miéntras que se nos hace pesado y molesto pasar una hora en la lectura y en la oración, y no pensamos más que en salir de la iglesia con el mismo apresuramiento que sí estuviéramos entre llamas.

Si la lectura del evangelio es más larga que de ordinario, si el sacerdote prolonga sus oraciones, si celebra pausadamente los divinos misterios, nos cansamos, nos adormecemos, y procuramos distraernos, llevando á todas partes la vista. Unos en lugar de purificar sus conciencias con un sincero arrepentimiento de sus faltas, no piensan más que en poner bién sus ricas vestiduras: otros al entrar en la iglesia, preguntan si se va á dar la sagrada Comuniòn, para no perder mucho tiempo. La mayor parte de las mujeres vienen al templo, más que para orar, para ser vistas y seducir á los sencillos. »

Pero ¿ puede concebirse alguna cosa peor que aproximarse, como desgraciadamente lo hacen muchos, á recibir este sagrado cuerpo y esta sangre adorable que ha sido derramada por la salvación de todo el mundo, con un corazón lleno de pecados, contentándose con lavar sus manos, como si fuera suficiente esta purificación, miéntras que la conciencia está manchada con las inmundicias de la culpa? ¿ Quien ignora que Judas, despues de haber recibido indignamente el cuerpo de Jesucristo, se hizo culpable de sacrilegio, y dió libre entrada al demonio en su alma? ¿ Como es posible acercarse á la sagrada Mesa con una conciencia tan manchada? ¿ En que se piensa entónces? ¿ qué se propone el que así lo hace? ¿ Se atreverá á tocar los hábitos del rey, ni aún los suyos propios, el que tiene sucias las manos? Sin embargo, no se teme recibir á nuestro Señor Jesucristo con un corazón sumido en la miseria

del pecado ¿ como puede presumirse alcanzar de Dios el perdón de las culpas? »

¿ Basta para ello entrar en la iglesia, venerar las sagradas imágenes, besar la cruz y lavar las manos? No: es preciso lavar las manchas del alma en las lágrimas de una buena confesión: es preciso huir del pecado: es preciso humillarse y excitarse á sentimientos de contrición, y no acercarse al altar sino despues de haber alcanzado estas santas disposiciones. »

Pero me direis, no está en mis atribuciones el tener estas lágrimas y llorar mis pecados. ¿ Sabeis de que procede esto? Procede de que nada haceis para alcanzar de Dios estas disposiciones: procede de que no os impresiona la divina gracia: procede de que no pensais en el terrible juicio á que habeis de comparecer. Pero si no podeis llorar, gemid á lo ménos en el fondo de vuestro corazón: excitaos á una saludable tristeza: cercenad vuestra risa; bajad los ojos á la tierra: humillad vuestro espíritu y vuestro corazón: confesad que sois pecadores, y poneos en la presencia del Señor penetrados del dolor de vuestras faltas y del respeto debido á su majestad soberana. Considerad con cuanta gravedad, con cuanta decencia, con cuanto respeto se acercan los cortesanos á un rey de la tierra, que muchas veces es un príncipe impío: tienen los ojos puestos en él: se guardan de mostrar la más leve ligereza en su presencia: procuran no extraviar su vista, ni hacer el menor gesto ni movimiento que pareciera inconveniente. Nosotros, por el contrario, asistimos al templo, cual si fuéramos al teatro ó al baño: nos reimos en él, hablamos y nos portamos cual si no estuviéramos en la casa de Dios. »

¿ Ignorais que la iglesia es para vuestra alma como una especie de almacén de medicamentos, y como un puerto de refugio? Si en ella no tomais las medicinas que necesi-

tais para vuestra curación, ¿ en donde las encontrareis? Si en este puerto de salvación estais agitados por la tempestad, ¿ en donde encontrareis la calma? Yo os recomiendo, por lo tanto, hermanos míos, que esteis en ella con el mayor respeto: dejaos penetrar de santo terror en el tiempo en que se celebran los santos misterios, y pensad que cuando presentais al Señor vuestras ofrendas, serán aceptadas según las disposiciones en que os encontréis. Asistid al santo Sacrificio con un corazón lleno de arrepentimiento: confesad vuestros pecados á Jesucristo por la mediación de sus sacerdotes: no os avergoceis de hacerlo, Condenaos ante los hombres, para que el soberano Juez os justifique en la presencia de los ángeles y de todo el mundo. Pedid misericordia: pedid perdón: pedid la remisión de vuestros pecados pasados, y la gracia de no cometerlos en adelante, para que podais participar dignamente de los sacramentos, y para que, recibiendo el cuerpo y sangre de Jesucristo con pura conciencia, no os sirva de condenación, sino para vuestra santificación. Vosotros sabeis que dice san Pablo, que es necesario probarse á sí mismo, y que el que come este pan y bebe este calix indignamente, come y bebe su propia condenación, y que han muerto muchos por acercarse con estas malas disposiciones. »

« Pero me direis: ¿ quién es digno de acercarse á esta terrible Mesa? Yo conozco á muchos que lo son, y vosotros lo sereis tan luego como querais. Basta para ello que reconozcais humildemente que sois pecadores: dejad el pecado: arrancad de vuestros corazones todo sentimiento de malicia y de odio: haced obras de penitencia: practicad la templanza, la dulzura, la bondad y obras de justicia y de caridad: tened compasión de los pobres y sed liberales con ellos, y entónces sereis dignos de acercaros á Jesucristo. Derramad también vuestros corazones en su presencia,

llenarlos de contrición, y escuchará vuestras oraciones; pero si obráis de otra manera, es inútil que vengais á la iglesia: perdereis en ella el tiempo. ¿Y qué? me direis: ¿porque yo me halle lleno de culpas, he de dejar de asistir á la iglesia y de orar? No pretendo semejante cosa, y tomáis en mal sentido mis palabras: me he limitado sólomente á las disposiciones que necesitáis para comulgar dignamente.

Después de esto, expone san Anastasio una parte de las oraciones que dice en alta voz el sacerdote para mover al pueblo á que se una á él en espíritu en la oblación de los santos misterios, y de ellas se sirve para exhortar á los fieles á los sentimientos que deben despertar en sus corazones.

« El sacerdote, dice, es mediador entre Dios y los hombres, y ora por los pecados del pueblo: considerad, en su consecuencia, lo que debéis hacer de vuestra parte, y que en cierto modo os dice: Puesto que he sido elegido para ser en esta santa Mesa el mediador entre Dios y vosotros, os advierto y mando que pongais en este acto la atención, el respeto y el fervor que requiere. Rechazad de vuestro espíritu todo pensamiento mundano, y dejad el cuidado de las cosas terrenas. No es éste el tiempo adecuado para ocuparse de cosas vanas, sino para orar con aplicación y devoción. Escuchad lo que dice el diácono: *Estemos con gran respeto: penetrémonos de respetuoso temor: prestemos toda nuestra atención á la santa oblación: bajemos la cabeza y humillémonos.* »

« Acallemos, pues, nuestro espíritu y nuestra lengua, y que nuestra alma, haciendo un santo esfuerzo, se eleve, cual si tuviese alas, hasta llegar al cielo. Pasemos á través de los coros de ángeles y querubines, y lleguemos hasta el trono de Dios, postrémonos ante Jesucristo, abracemos sus sacratísimos piés, reguémoslos con nuestras lágrimas é

imploremos su misericordia. A esto nos exhorta el sacerdote, cuando nos dice: *Levantemos hacia arriba nuestros corazones.* Y ¿qué le respondemos? *Los tenemos levantados al Señor.* Pero ¿qué dices, ó hombre? ¿qué haces, mientras así respondes? ¿No temes decir mentira? El sacerdote ofrece por tí el sacrificio incruento, y tú apenas fijas tu atención en esta acción tan santa. El ministro de los altares tiene la mayor solicitud por tí: se acerca al altar, cual si lo hiciese al tribunal de Dios: ruega, pide y solicita para tí los auxilios de la gracia: se esfuerza en atraerla con sus súplicas sobre tu alma, y tú por tu parte nada haces para merecerla. En tu espíritu no se agitan en ese tiempo más que ideas vanas, pensamientos de riquezas, de placeres, de negocios seculares, y sin embargo, respondes que tienes levantado tu corazón á Dios ¡Ah! considerad, os ruego, lo que decís: no es á Dios á quién levantaís vuestros corazones, ántes por el contrario, los bajáis á la tierra, á las vanidades y á todo lo que inspira el demonio. »

« Renunciad á esta mala disposición: uníos con el espíritu y con el corazón al sacerdote: unid vuestra oración á la suya, pues por vosotros, lo mismo que por él, clama al Señor. Obrad de acuerdo con él, pues con Dios no trata de otra cosa que de vuestras necesidades. Interesaos por vuestra propia salvación, pues como dice el apóstol Santiago *vale mucho la oración perseverante del justo*¹. Este mismo valor tendrá para el justo, y experimentareis sus efectos, si sabéis unirla á la del sacerdote; pero si engañáis á Jesucristo, haciendo una cosa diferente de lo que respondeis al sacerdote, se os podrán aplicar estas palabras de las sagradas Escrituras: *Si hay uno que edifica y otro que destruye, ¿que provecho sacan ellos sino trabajo?* »

¹ Jacob. v, 16.

Después de estas piadosas instrucciones, habla san Anastasio de los que conservan en sus corazones resentimientos contra sus hermanos, « ¿Qué hay más digno de reprobación, dice con celo ardiente, qué hay más digno de reprobación que asistir á la colecta, y conservar en el corazón el recuerdo de las injurias y el veneno del odio, mientras que se dice á Dios: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores? ¿Como, ó hombre, tienes la audacia de hablar así á Dios? Tienes el corazón lleno de hiel contra tu hermano, te preparas á la venganza, tramas malos designios, y ¿te atreves á pedir á Dios que te perdone, así como tú perdonas? ¿vienes á la iglesia á orar ó á mentir? ¿vienes para alcanzar la gracia de Dios, ó para excitar su cólera? ¿vienes para merecer el perdón de tus pecados ó para aumentar su número? ¿vienes, en fin, para merecer tu salvación ó tu condenación? ¿No ves que durante la celebración de los santos misterios nos damos mutuamente á besar la paz, para que, rechazando con esta acción toda injusticia y toda dureza de nuestros corazones, los presentemos al Señor con la pureza de que deben estar adornados para acercarnos dignamente á él? »

« Los santos ángeles cumplen su ministerio cubriendo con sus alas la sagrada Mesa, los querubines la rodean, los serafines cantan, y entre tanto el sacerdote, profundamente inclinado en señal de respeto, ruega para alcanzar las misericordias del Señor y para reconciliarnos con él, y los ministros que le asisten procuran hacerlo con respetuoso temor. Mientras se inmola el Condero sin mancha, y desciende el Espíritu Santo sobre esta víctima sagrada, y los espíritus celestiales, colocados invisiblemente entre los fieles, observan á todos los que se hallan congregados, vosotros no experimentais el más leve temor; ántes bien, imitando al traidor Judas, os atreveis á dar el osculo de paz á vuestros

hermanos, y á conservar al propio tiempo resentimientos contra él. ¿Como no os llenais de terror al considerar que el veneno de la serpiente que guardais en vuestra alma, no puede ocultarse á Dios, que vé hasta los más ocultos repliegues de nuestros corazones? ¿Como no os horrorizais al decirle: perdónadme, así como yo perdono á mi hermano? ¿No es esta oración una imprecación contra vosotros mismos, por la cual os entregais á su terrible venganza? ¿No dais la sentencia contra vosotros mismos? ¿No es decirle: Si yo perdono, perdónadme: si yo tengo misericordia, tenedla de mí: si tengo piedad de mi hermano, tenedla de mí; pero si conservo resentimiento por la injuria que me ha inferido, haced lo mismo conmigo: si estoy encolerizado con él, estadlo conmigo: si es fingido el osculo de paz que yo le doy, obrad conmigo de la misma manera: tratadme como yo le trato? »

Continuando el santo sobre las otras partes del sacrificio, dice: Rogamos con mucha frecuencia á Jesucristo que nos perdone, así como nosotros perdonamos á nuestros hermanos, y esto lo hacemos de una manera especial durante la celebración de los santos Misterios. Así pues, cuando el sacerdote ha pronunciado las palabras de la consagración, levanta en alto este pan de vida, lo muestra á todos los asistentes, y entretanto el diácono dice: *Estad atentos*. Poco ántes habiais dicho que teniais levantados vuestros corazones al Señor, y ahora añadís, perdónanos nuestras deudas así, como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y en señal de reconciliación os abrazais mutuamente; pero como yo soy hombre, é ignoro lo que pasa en vuestro interior, no pretendo juzgaros, ni saber quienes entre los presentes son dignos de participar de los santos misterios. Sólomente os amonesto que prestéis atención á vosotros mismos, y consideréis ante quién os vais á presentar. »

Después que el diácono os ha hecho esta advertencia,

añade el sacerdote, las cosas santas son para los santos. ¿Porqué dice estas palabras, hermanos míos? Es con el fin de que examineis las disposiciones con que os acercáis á los divinos misterios, no sea que alguno de vosotros lo hagáis sin oír en el fondo de vuestras conciencias estas terribles palabras: *No me toques*¹..... Apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad², pues conservais el recuerdo de las injurias, y no quereis perdonar... *Si fueres á ofrecer la ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano*³. Ved aquí, mis hermanos, lo que os enseña el sacerdote, cuando dice que las cosas santas son para los Santos, significándoos con esto, que sólomente rechazando de vuestros corazones todo sentimiento de aversión, es como podreis acercaros al Señor con conciencia pura, y decirle con confianza: Yo sé, Señor, que soy deudor á vuestra justicia, porque he cometido muchos pecados; pero he perdonado á mis hermanos en cumplimiento de vuestra santa ley, y para que os digneis concederme el perdón de mis culpas.»

Después de esta erudita explicación de algunas de las partes del santo Sacrificio según el rito antiguo, y como aparece en las liturgias de aquella época, que llevan los nombres de Santiago y san Basilio, propone san Anastasio el ejemplo de san Estéban y de Santiago, que murieron orando por los que los martirizaban, y por último, el ejemplo del mismo Jesucristo.

Insiste mucho en el perdón de los enemigos, y demuestra que el recuerdo de las injurias y el deseo de vengarse es el pecado que mayores obstáculos opone á la misericordia de Dios, y el que más ordinariamente causa la perdición

¹ Joan. xx. 17.

² Ps. vi. 9.

³ Math. v, 23-24.

eterna de las almas. Pues el que tiene la desgracia, dice, de caer en un pecado de impureza, ó comete un homicidio, puede entrar en sí mismo, y llenándose de horror á vista de su crimen, concibe un grande dolor, y entra en sentimientos de penitencia; pero cuando el odio y la venganza se han, por decirlo así, petrificado en el corazón de un hombre, esta pasión le preocupa á toda hora: con ella se acuesta, con ella se levanta: al despertarse, es el primer pensamiento que brota en su mente: si ora, si anda, en cualquier paraje en que se encuentra, cualquiera que sea la acción que practique, lleva constantemente este veneno en su alma. Y cuando una vez este vicio echa profundas raíces, nada hay capaz de arrancarlo de su alma: todo es inútil: nada alcanzan el ayuno, la oración, las lágrimas, la confesión, la oración, la pureza, la limosna ni las demás buenas obras que practique: el odio contra su hermano lo destruye todo. Notad que nuestro Señor no nos ha dicho: si teneis alguna cosa contra vuestro hermano, id á reconciliaros con él; sino que nos dice, *si vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros*. Si pues estamos obligados á curar la malicia de nuestro hermano, ¿qué esperanza de perdón puede quedar al que conserva odio contra él? Yo oigo frecuentemente á algunos decir: ¡Desgraciado de mí! ¿qué haré para salvarme? no puedo ayunar, no puedo estar de vigilia, no puedo guardar continencia, me es muy duro dejar las cosas del mundo, ¿como podré salvarme. ¿Me preguntais como? Pues ved aquí en dos palabras un medio muy sencillo: *Perdonad, y se os perdonará*¹. Ved aquí un camino muy corto y seguro para llegar á la salvación. Ved aquí otro: *No juzgueis, y no sereis juzgados*².»

De estas últimas palabras toma ocasión el Santo para

¹ Marc xi.

² Math. vii.